

PACO DURRIO Y PAUL GAUGUIN: UNA AMISTAD QUE SE FORJA EN PARÍS

Iñigo Sarriguarte Gómez
Universidad del País Vasco

1-Introducción:

Los últimos treinta años del siglo XIX suponen el auge de Cataluña y el País Vasco, consolidándose una base económica, política y social, que marca una notable diferencia con años precedentes. Es en el ámbito de este desarrollo, donde nace Francisco Durrio (1868-1940), posiblemente en el casco viejo de Bilbao. Su familia era de origen francés y se había instalado en la villa unos años antes. Su padre tenía el apellido de Durrieu de Madron. Con las habituales deformaciones lingüísticas generadas por el paso del tiempo, la fonética local lo derivó en Durrio. No obstante, su apellido vuelve a sufrir ciertas derivaciones cuando se desplaza a París, convirtiéndose en Durió¹. De niño, recibió junto con Unamuno y Adolfo Guiard clases de pintura, que les imparte Antonio Lecuona. Más adelante, estudia en la Escuela de Bellas Artes de Madrid con Pablo Uranga. Se dedica de joven a la escultura y una vez realizada su formación, decide trasladarse a París en 1884 o 1885, con la protección de la familia de Cosme Echevarrieta, llevando el encargo de erigir un mausoleo para el cementerio de Bilbao. Esta experiencia parisina fue tan fructífera que no abandonaría la capital francesa hasta los últimos años de su vida, para realizar otra de sus dedicaciones favoritas: la cerámica, en el pueblo de Saint-Prix (Seine-et-Oise). En este sentido, su vida transcurre entre París y Bilbao, a excepción de una temporada que pasa en Sevres y de su último año en Saint-Prix (Seine-et-Oise).

2-Estancia en París y relación con Paul Gauguin:

Desde un principio, tuvo relaciones profesionales y de amistad con pintores y artistas de la época, caso del pintor ondarrotarra José Benito Bikandi, el navarro Juan Aramburu y el vitoriano Odón

¹ Lasterra, Crisanto de. *En París con Paco Durrio seguido de Darío de Regoyos. Poesía de color y de la luz*. Bilbao: Publicaciones de la Junta de Cultura de Vizcaya, 1966, p. 20.

Apraiz, entre otros. También, muchos de estos eran paisanos suyos, como los bilbaínos Jenaro Urrutia y Fernando García. Pero, especialmente, se generó una interesante relación con los pintores simbolistas agrupados en torno a Paul Gauguin (1848-1903), siendo estos artistas ya maduros cuando todavía Durrio era muy joven. Posteriormente, su relación se extendería a los pintores de la generación de Picasso, quienes sentían una notable admiración y respeto por su figura y obra, entre estos los hermanos Nonell, Sunyer, Pichot, Juan Gris, Anglada y Gargallo, así como los vascos Paco Iturrino, Pablo Uranga, Nemesio Mogrovejo, Juan Echevarria y, sobre todo, Ignacio Zuloaga, quien siempre mostró un acercamiento a su obra.

Durrio aprende en el taller del ceramista Ernest Chaplet (1835-1909), donde conoce a Paul Gauguin en octubre o noviembre de 1886, ya que este también trabaja en el mismo atelier. Gauguin ya estaba familiarizado con la cerámica por parte de su madre, que había traído varias piezas de Perú, como por parte de su tutor Gustave Arosa, quien también disponía de una importante colección de cerámicas. El bilbaíno encontró en las teorías artísticas de Gauguin la línea ideológica que le faltaba para su desarrollo estético. En una línea similar a Gauguin, labra una pieza de madera hacia 1889, junto con una versión en cerámica. No obstante, la iniciación del artista bilbaíno a la cerámica se remonta a 1884, apareciendo su firma ya por entonces en un cenicero esmaltado. Posteriormente, los diferentes trabajos realizados en el taller de Chaplet le permiten participar con distintas piezas cerámicas en las exposiciones de “La Libre Esthétique” de 1896, 1898, 1902 y 1914, dedicada esta última a homenajear la memoria del recién fallecido Darío de Regoyos.

El carácter huraño de Durrio no fue un impedimento para que forjara una fuerte amistad con Paul Gauguin. Según el documentalista Crisanto de Lasterra, este le comentó a Gauguin su profunda admiración por romper con la normativa impresionista, lo que atrajo la atención del pintor francés. Este simple comentario le permitió ser aceptado en su círculo de amistades.

Según el biógrafo de Paul Gauguin, David Sweetman, fueron muchos los que conocieron al artista de Pont-Aven y trataron con este, pero muy pocos los que le dejaron una impronta: “el excéntrico Paco Durrio, quien en un principio dio la impresión de que no sería simplemente más que otro

pelmazo encantador, pero que, más adelante, iba a desempeñar un papel importante en la vida de Gauguin.....y se cree que, ya desde un principio, Gauguin le trató como a un fiel cachorro..... Y su rasgo más valioso es que era leal hasta el fanatismo, característica que iba a significar mucho para la fama futura de aquel al que consideraba su maestro, Paul Gauguin.”²

La amistad entre estos se consolida definitivamente, tras su vuelta de Tahití, durante los 22 meses que pasó en París (entre 1893 y 1895), de hecho, ambos comparten atelier en el 8 de la rue de la Grand Chaumière en 1893, donde Durrio aprende con el artista y orfebre Alphonse Mucha (1860-1939). Durante estos años, el escultor vasco fue un asiduo de las charlas y debates en la Crémerie “Chez Charlotte”, decorada exteriormente por Alphonse Mucha, amigo del bilbaíno. El conocimiento adquirido en este taller, junto con sus propios procesos experimentales, le permitirá ejercer una notable influencia formal y técnica en la obra de Picasso y Julio González. El bilbaíno logra una fama similar a la que podía tener Jean Puiforcat ya en 1925 con motivo de la Exposición de Artes Decorativas de París. Una de las características de este último escultor fue su conocimiento de las fuentes secundarias de la historia del arte y su apreciación por el detallismo. Se mueve por diferentes lenguajes como el simbolismo, el modernismo y el expresionismo, junto con un perfecto acabado técnico.

En 1895, mantiene reuniones habituales con Gauguin, Maillol, Seguin y Mollard. Con este último, organiza la fiesta de despedida de Paul Gauguin el 26 de junio. David Sweetman describe parte de la velada, haciendo especial mención a Judith (amante del artista francés) de la siguiente manera: “ella sirvió el té por última vez y observó, en trance, cómo Gauguin, que se las había ingeniado para beber algo más fuerte, bailaba el upa-upa. El pequeño Paco Durrio vestía un traje largo y venía maquillado, dedicándose a cantar lánguidas malagueñas; a Judith le pareció como si estuviera deseoso de besar a Gauguin, lo que quizás era cierto. En su lugar, Judith sí que le besó cuando Paco Durrio se marchó con los demás.”³

² Sweetman, David. *Paul Gauguin. Biografía de un salvaje*. Barcelona: Paidós, 1998, p. 528.

³ Idem, p 565.

El 28 de junio el compositor Mollard y Paco Durrio fueron a despedirse de su amigo en la Gare de Lyon, desde donde se dirige a Marsella para coger el barco “L’Australien”, que zarpa el tres de julio, para no volver a regresar jamás a Europa.

Respecto a la amistad de estos dos artistas, la hija del artista Pola Gauguin comentó en cierta ocasión que “les unía además de una estatura artística de igual y abierta perspectiva, una estatura física de pequeño formato: Durrio ni tan siquiera llegaba al 1,60 de altura de Gauguin.”⁴

En 1896, Durrio vive en el 30 de la rue Ravignan de Montmartre, hasta mediados de 1901, para posteriormente trasladarse al 13 de la rue Ravignan, edificio conocido como “Bateau-Lavoir”. En 1889, conoce a Francisco Iturrino, que ya había llegado a París en 1895 y que tuvo la oportunidad de estar con Matisse un año antes en el estudio de Gustave Moreau. El Bateau también albergó a otros artistas como M.Maufra, F. Guichet y A.Chabellard. En este mismo edificio, trabajaron reconocidos artistas, además de Picasso y Durrio, también podemos encontrar a Kees van Dongen, Juan Gris, Amadeo Modigliani y el escritor Max Jacob. En 1904, deja el Bateau-Lavoir, cediéndoselo a Picasso y se traslada al número 3 de la place Constantin Pecqueur, donde instala un importante horno de cerámica. En 1910, Apollinaire escribe sobre Durrio, presentando ese mismo año 11 piezas en el Salon d’Automme.

En 1919, hay una Exposición Internacional de Arte en Bilbao, con 21 obras de Gauguin y 2 de Van Gogh, propiedad de Durrio. En 1926, organiza la exposición retrospectiva “Hommage au genial artiste franco-péruvien Gauguin en la Association Paris-Amérique latine”, siendo de su colección 2 gouaches, 4 abanicos, 2 maderas, 14 telas, 31 acuarelas, 19 grabados, 10 litografías y 17 dibujos. En 1930, con Montfreid y Robert Rey coloca una placa en la casa natal de Gauguin. Tal y como se puede comprobar, colabora fehacientemente en los diferentes homenajes realizados al artista francés, además de preparar con su obra varias exposiciones, como la organizada por la Gazette des Beaux-Arts, en 1936. Igualmente, fue miembro co-fundador de “Les Amis de Paul Gauguin”.

⁴ Citado por Barañano, Kosme de María; Llorens, Tomás. *Francisco Durrio y Julio González. Orfebrería en el cambio de siglo*. Madrid: Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, 1997, p. 16.

Lógicamente, la amistad que mantuvo con Paul Gauguin le supuso la apertura de numerosas puertas en París, así como la conversión en el centro de interés para otros muchos jóvenes artistas, que recién llegados a la capital francesa, intentaban conocer y descubrir la obra del artista francés mediante Paco Durrio. En este sentido, el bilbaíno fue una de las llaves que permitía acceder a la obra del pintor de Pont-Aven en París. Durrio guardaba importantes trabajos de Gauguin⁵, siendo expuestos algunos de estos en Bilbao en 1919 y en “The Leicester Gallery”, Londres, en 1931, junto a piezas del propio escultor vizcaíno. Algunas de estas obras le fueron confiadas antes de la marcha de Gauguin en 1895, otras, en cambio, le fueron enviadas posteriormente, caso de la pintura “Ja Orana Ritow”. Especialmente, el bilbaíno sintió gran admiración por “Hiva Oa” y el retrato de la madre de Gauguin⁶.

Paco Durrio “había sido uno de los elegidos como agente sin sueldo al que dejó unas treinta obras, entre ellas *El Cristo Amarillo* y el retrato de la madre del artista. Lo que no pudo prever Gauguin de ninguna manera es que la elección de aquel hombre de baja estatura iba a ser su decisión más acertada, pues Durrio colgó las obras y no se separó de ellas hasta muchos años después cuando un estado de extrema pobreza le obligó a ir vendiéndolas para sobrevivir. Antes, había hecho de ellas el lazo de unión que conectaba al ausente Gauguin con toda una nueva generación de jóvenes artistas, incluido el joven compatriota de Durrio, Pablo Picasso, asegurándose así de que la reputación de aquel salvaje perdido en la lejana Polinesia no se olvidaría por completo.”⁷

Evidentemente, para el escultor bilbaíno el pintor de Pont-Aven era un pilar de admiración. Crisanto de Lasterra describe esta admiración de la siguiente manera: “En realidad esta amistad puedo ya intuir la aquella misma tarde cuando, antes de marchar y dejando a los demás en el taller, me hizo subir a su dormitorio por la estrecha escalerilla de caracol para mostrarme lo que iba a ser para mí como el asombro de un deslumbramiento. Cerca de una treintena de cuadros de Gauguin, algunos excelentes, como el retrato de su madre, de una delicadeza y una gracia casi botticellinas, cubrían

⁵ Véase esta lista en Barañano, Kosme de María; González de Durana, Javier. *El escultor Francisco Durrio (1868-1940). Epistolario, catálogo y notas sobre su vida y obra*, Kobie (Serie Bellas Artes), nº V, Diputación Foral de Bizkaia. Bilbao. 1988.

⁶ Crespelle, P. *La vie quotidienne à Montmartre au temps de Picasso*. Paris: Ed. Hachette, 1978, p. 57.

⁷ Sweetman, David. *Paul Gauguin. Biografía de un salvaje*. Barcelona: Paidós, 1998, p. 567-568.

las paredes de aquel mísero cuarto de dormir que, visto así, diríase que su dueño había querido convertirlo en altar permanente a la memoria del amigo. La sorpresa al entrar era la de una súbita lumbrarada de color y de belleza. Y, lo que es el milagro del arte: la sola presencia de estos cuadros bastaba para crear en aquel recinto de extremada pobreza una atmósfera de magia incomparable.”⁸ No sólo Durrio admiró a Gauguin, sino también numerosos artistas vascos, caso de los hermanos Zubiaurre y Arteta, que estudian en París de 1902 a 1906, observándose la influencia del creador francés en varios de su lienzos.

Durrio introdujo a Picasso y Zuloaga en los círculos culturales de París, invitándoles a reuniones que se producían en la Rue Vercingetorix, donde se juntaban artistas de la talla de Emile Bernard, Maurice Dennis, críticos como Charles Maurice, el escritor sueco Strindberg y poetas como Jean Moreas, André Salmon y Mallarmé. Otros centros de encuentro fueron las tardes de “Verso y Prosa” en La Closerie de Lilas, donde acudía el círculo más cercano a Picasso; los encuentros en la Rue Ravignan, en la habitación de Max Jacob; y las reuniones en la casa del poeta Guillaume Apollinaire en la Rue Hener.

Durrio consigue obras de Gauguin y Picasso para la primera Exposición de Arte Moderno celebrada en Bilbao en 1900. En una carta fechada el 26 de febrero de 1901, de Paco Durrio a Manuel Losada, este primero se muestra inquieto sobre el paradero de una serie de litografías y grabados al boj que habían sido enviados a Bilbao con el propósito de participar en la 1ª Exposición Modernista organizada por la vanguardia local, ya que han pasado varios meses desde la desmantelación de la exposición y no se tienen noticias de las obras de Gauguin. Esta exposición contó con la participación del propio artista bilbaíno, Paul Gauguin (único artista extranjero) y una fuerte presencia de artistas catalanes, entre los que se encuentran Casas, Pichot, Rusiñol y el malagueño Pablo Picasso. Se duda si la presencia de la obra de Gauguin en Bilbao fue motivada por su propio deseo, haciendo un favor a su amigo o si bien el envío de las obras fue promovido únicamente por Durrio, aportando además de los cuadros de su propia colección otras obras que simplemente eran

⁸ Lasterra, Crisanto de. *En París con Paco Durrio seguido de Darío de Regoyos. Poesía de color y de la luz*. Bilbao: Publicaciones de la Junta de Cultura de Vizcaya, 1966, p. 69-70.

cuidadas por el bilbaíno y que serían prestadas para la exposición sin el conocimiento de Gauguin. Sólo se sabe que las que realmente pertenecían al bilbaíno estuvieron en Bilbao en dos ocasiones más: 3º exposición Modernista de 1903 y la Exposición Internacional de Pintura y Escultura de 1919. Respecto a esta última, encontramos las siguientes obras: Tahiti Eventail, Anémones, Nirvana, Bretagne: eventail, Te Alua, Te Faruro, Noa Noa, entre otras. Tres de estas obras fueron compradas por la familia Echevarria y una por el Museo de Bellas Artes.

Esta colección de cuadros realizados por Gauguin fue motivo de una interesante anécdota de compra-venta, que fue contada por Manolo Hugue, amigo de Picasso y Miró. En 1901, en París, este artista comenzó a frecuentar los círculos de vanguardia, acudiendo al Bateau Lavoir, donde conoce a Paco Durrio, que le influirá a la hora de diseñar joyas. Manolo Hugue conoció a un panadero barcelonés que había llegado a París, desertando del ejército y sin un duro en el bolsillo. Tras hacer amistad con este, le aconsejó que trabajara como modelo para Rodin, quien le contrato con un buen sueldo. “Pero dado que cuanto más dinero teníamos, más gastábamos, nos ocurrió el desgraciado asunto de las telas de Gauguin. En el taller que habitábamos había una buena colección de telas de Gauguin. En un momento de grandes dificultades empeñé una de aquellas telas. El panadero consideraba que aquella pintura era simplemente grotesca. Pero un día quiso imitarme y ni corto ni perezoso hizo un gran bulto con los Gauguin del taller, y sin más ni más las llevo chez Vollard, que las compró en el acto; naturalmente, con el dinero que sacó compró un billete de un vapor y se marchó a América. ¡Imagínate mi compromiso! Por fortuna, y después de un cúmulo de dificultades, los Gauguin fueron recuperados y devueltos a su dueño.”⁹

Respecto a esta colección, parece ser que el artista pretendía que en un futuro acabara en el Museo de Bellas Artes de Bilbao mediante alguna operación de compra-venta. Por otra parte, las cartas del artista bilbaíno analizadas por Kosme María Barañano y Javier González de Durana no mencionan en ningún momento las ofertas relativas a los cuadros de Gauguin.¹⁰ No obstante, se sabe que hubo

⁹ Barañano, Kosme de María; González de Durana, Javier. *El escultor Francisco Durrio (1868-1940). Epistolario, catálogo y notas sobre su vida y obra*, Kobie (Serie Bellas Artes), nº V, Diputación Foral de Bizkaia. Bilbao. 1988, p. 116.

¹⁰ Idem, p. 133.

estas ofertas, aunque todas fueron rechazadas en numerosas ocasiones. Por ejemplo, en 1924, mediante Juan Barandika, se transmite el deseo a la Junta del Museo de una oferta formal de venta de todos los cuadros realizados por Gauguin. Finalmente, tuvo que buscar otros compradores, siendo adquiridos una buena parte de estos por un coleccionista japonés.

Durrio tomó parte en numerosas exposiciones colectivas en París, compartiendo espacio con renombrados artistas, caso de la muestra del primer Salón de Montparnasse, que se celebra en el local de madame Figuière, en 1923, donde hay obra de Gauguin, Cezanne, Dufy, Frites y Julio González, entre otros. Recordemos que la familia González vende sus talleres en 1900, instalándose este artista, junto con su hermano Joan, en París, donde se unen al grupo de Picasso, que ya habían conocido en Barcelona. Su estancia en la capital de las artes les permite conocer a Max Jacob, Modigliani, Brancusi y a los artistas españoles Paco Durrio, Pablo Gargallo, Manolo Hugué y Juan Gris, entre otros.

La amistad entre Durrio y Gauguin ha quedado más que demostrada mediante los numerosos testimonios escritos y narrados. Una de las primeras referencias es la comentada por Charles Morice en su libro “Gauguin” de 1919, donde se habla de la amistad entre ambos. Igualmente, destacan las referencias a Paco Durrio en el libro de René Puig “Paul Gauguin, G. De Monfreid et leurs amis” y los comentarios que realiza Fernande Olivier, segunda mujer de Picasso, en sus “Memorias” y “Picasso et ses amis”.

Por otra parte, encontramos el óleo “El guitarrista”, retrato que le hizo Paul Gauguin a Durrio en las islas Marquesas, siete años después de su despedida, y un dibujo de gran tamaño realizado a carboncillo; también en el cuadro “Homenaje a Gauguin”, de 1905, del postimpresionista Pierre Girieud, aparece representado el artista bilbaíno.

Queda patente con estos datos que la admiración y el respeto fue mutuo y, por supuesto, se generan una serie de influencias recíprocas, tal y como se puede apreciar en el jarrón “Oviri” de Gauguin

respecto a los jarrones de Durrio para Abaroa¹¹. Igualmente, ambos artistas repiten temas iconográficos relacionados con la melancolía del ser humano en los diversos soportes que trabajan. Gauguin, enseñado por Chaplet, trabaja la tierra y el gres, esmaltándola y pintándola, de este modo, presenta un trabajo elaborado desde una perspectiva más experimental y alejada propiamente de lo tradicional. Esta metodología será transmitida a Durrio y posteriormente este hará lo mismo con Picasso. Después de trasladarse a Vallauris, Picasso empieza a redescubrir la cerámica, tras realizar sus primeros ensayos con Paco Durrio, de hecho, fue el escultor bilbaíno quien le introdujo por primera vez en las técnicas de la cerámica. “Las cerámicas de Gauguin fueron minusvaloradas; Durrio fue el único en reconocer su importancia y en explorar técnicas semejantes. Dada la virtuosidad de sus grandes piezas cerámicas, como su maestría en esmaltes y calidades – experiencia que compartiría con Picasso..... lo que debe tenerse en cuenta es que las técnicas de Durrio ayudaron a Picasso a revolucionar el mundo de la cerámica en Vallauris cuarenta años más tarde.”¹²

El objetivo de Gauguin fue crear la modalidad de escultura-cerámica, mientras que Durrio mezclaba incansablemente orfebrería con cerámica o escultura. Ambos artistas tienden a mezclar distintos medios y experimentan con la idea del mestizaje de soportes y géneros, aspecto que conectaba directamente con el espíritu de las vanguardias históricas.

4-La amistad con Picasso acabada en ruptura:

La relación de Paco Durrio con Picasso comienza con el primer viaje de este último a París, realizado el 25 de octubre de 1900. Se cree que Durrio conoce ese año a Picasso, ya que consigue, junto a las obras de Gauguin, trabajos de Picasso para la primera Exposición de Arte Moderno celebrada en Bilbao en 1900. Después de su cuarta visita a París, Picasso se instala en el apartamento de Durrio en Bateau-Lavoir, en abril de 1904, ya que este estaba a punto de dejarlo. En otoño de ese año, Picasso conoce a Fernande Olivier su compañera hasta 1912. El pintor malagueño

¹¹ Barañano, Kosme de María; Llorens, Tomás. *Francisco Durrio y Julio González. Orfebrería en el cambio de siglo*. Madrid: Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, 1997, p. 18.

¹² Richardson, John. *Life of Picasso*. Vol. 1, New York: Random House, 1991, p. 457.

se había introducido en el círculo de artistas españoles de París del que formaba parte Paco Durrio, enseñándole las obras de Gauguin. Principalmente, sería la estatua “Oviri”, mostrada en la exposición de 1906 la que iba a estimular el interés de Picasso por la escultura y la cerámica, mientras que las xilografías acrecentarían su interés por el grabado. Otro momento importante fue cuando Paco Durrio le entrega a Picasso una copia de la primera edición de “Noa Noa” de La Plume. A partir de este momento, el joven malagueño se dedicó a estudiarlo, haciendo numerosas anotaciones en los márgenes. No obstante, el descubrimiento por parte de Picasso de la técnica cubista no fue ni entendida ni aceptada por Durrio, asumiéndolo como una auténtica provocación y desacato al buen arte. Sus relaciones finalmente se rompieron y el precio del descubrimiento cubista por parte del pintor malagueño fue la pérdida de la amistad con el escultor bilbaíno.

Un aspecto que no debemos dejar de lado fue el hecho de que Paco Durrio fue mentor y soporte económico durante unos años de Picasso y su compañera Fernande Olivier. La admiración que sentía el escultor bilbaíno por Picasso conllevó toda una avalancha de ayudas en comida y dinero. Durante aquellos años, Picasso estaba muy cerca de la estética de Gauguin y sentía un profundo interés por su obra primitiva, de hecho, sus primeras cerámicas mantenían una visible correlación con la estética de este. En las “Memorias” de Fernande Olivier, aparece el siguiente retrato: “Durrio, hombre de gran corazón, de un hermoso temperamento de artista, tenía dos admiraciones: Gauguin y Picasso. Había sido amigo de Gauguin cuando los dos vivían en la calle de la Grande Chaumière, antes de su partida para Tahití.”¹³

¹³ Citado en Barañano, Kosme M^a; González de Durana, Javier; Juaristi, Jon. *Arte en el País Vasco*. Madrid: Cátedra, Madrid, 1987, p.240.